

Yo con él

XÓCHITL RUELAS

Yahí estaba él, en aquella playa, con la mirada perdida, con su piel pálida y los hombros caídos. Nuestras almas se entendieron aun sin habernos conocido. Sabía que estaba hecha para él, era a quien, sin saberlo, estaba esperando.

Yo no era feliz en aquel océano, que a final de cuentas no resultaba tan “Pacífico”, pues mi padre Tritón y mi madre Luna tenían constantes peleas seguidas de noches de pasión. Mientras a mi madre le menguaba el estado de ánimo, se desaparecía y nos dejaba tranquilos, pero otras tantas veces aparecía maniaca, omnipresente, completa, y enloquecía a todos. Mi padre, aunque gigante y poderoso, siempre era presa de mi madre, se embravecía y nos echaba a mí y a mis hermanas de casa para después regresarnos de nuevo a su regazo. Esta situación era muy cansada y me hacía sentir muy sola, aun cuando estuviera rodeada de mis amigos los peces, las caracolas, los tiburones y delfines. Pero al final del día, cuando la playa quedaba sola, cuando ya no había más risas de niños, cuando el abuelo Sol dormía y mi madre salía a hacer de las suyas, yo me sentía con un enorme vacío, una soledad tremenda.

Anhelaba regocijarme, arremolinarme y adormecerme en los brazos de un hombre que me amara, que me llevara lejos, muy lejos de mi hogar, y a su lado olvidara esta sensación horrible que me devoraba por dentro, que de poco en poco me iba quitando las ganas de vivir. Así que, cuando lo conocí y lo vi disponerse a partir de aquella playa, me abalancé hacia sus brazos; él titubeó, sorprendido, emocionado, asustado y en el fondo orgulloso, yo lo sé; me tomó con él y me llevó a su hogar. Aún recuerdo las miradas envidiosas de mis hermanas y amigas, celosas de mí, pues yo había hecho lo que ellas tanto habían deseado, huir de casa con un hombre.

Octavio no era todo lo que yo esperaba. Al llegar a su casa, una enorme tristeza me invadió, y recordé esa sensación que me acompañaba al llegar la noche en mi hogar; pero decidí ignorarla, pues estaba dispuesta a ser muy feliz con él, y haría lo que fuera necesario para lograrlo. Él era más bien taciturno, ausente, callado y malhumorado, pero yo estaba emocionada, llena de esperanzas e ilusiones, porque al fin me había ido de casa; así que tomé la tarea de regresarlo, de regresarnos a la vida. Inundé nuestro hogar de aromas marinos frescos; le cocinaba y esperaba ansiosa su llegada; me abalanzaba sobre él y lo besaba con pa-

Xóchitl Ruelas, analista en formación de APG/ IPA, construye este relato a partir del cuento “Mi vida con la ola”, de Octavio Paz. Se trata, en este caso, de la voz de la ola.

bricy_12@hotmail.com

sión, y sentía cómo su alma adormecida comenzaba a vibrar con la mía. Me desvanecía y agitaba entre sus brazos, sus manos rodeando mi cintura, tomando mi cabellera; su boca en la mía, nuestras lenguas en una danza de pasión. Nos encrespábamos de placer y reventábamos en un tremendo frenesí, los dos a la par, dos almas, dos cuerpos en uno.

Sin embargo, ese sentimiento de soledad no se iba, es más, estando a su lado sentía que, en muchas ocasiones, se acrecentaba; sentía como si su soledad ahora también fuera mía. Se iba largas temporadas de casa y yo deseaba huir, ir a algún lugar, pero ya no tenía a dónde. Después él regresaba, y yo empeñaba de nuevo mis esfuerzos en revivir nuestro fuego, pero cada vez era más difícil y yo me iba sintiendo progresivamente con menos vida y más enojada y frustrada, pues mis intentos habían fallado; yo no era todo lo que había imaginado.

Una noche de octubre, mi madre apareció por mi casa, fúrica, maniaca. Enloquecí. Aquella noche Octavio y yo tuvimos la peor pelea, sentí un enorme deseo de ahogarlo, aniquilarlo. Si no iba a estar conmigo, no estaría con nadie; pero yo no era tan fuerte, mi

vida menguaba. Una noche de invierno decidí suicidarme, ya no me quedaba más por vivir. Sentí cómo cada gota de mi piel se iba congelando. Creí que ese era mi fin.

Hasta ahora que despierto hecha hielos en una hielera de un bar, veo partes de mí dispersas por todos lados; veo a mi abuelo retirarse y le grito que espere un poco más, que no me quiero quedar sola, que no quiero morir. Estoy hecha añicos, pero nadie me oye. Veo a lo lejos a mi padre, y mi madre se empieza a asomar. Es una de sus noches tranquilas, se acerca y me besa la frente y con sus rayos comienza a entretejer mis pedazos. Me hace compañía toda la noche y espero a que el abuelo aparezca para que me acurruque de nuevo, para que con su calor pueda evaporarme, y con la ayuda de mi tía Nube pueda regresar de nuevo, con papá y mis hermanas, a mi hogar de donde nunca debí haber salido.

Después de algún tiempo, por fin estoy en casa. Siento un vacío aún más grande; mis hermanas y amigas me hacen compañía y me piden que les cuente. Quisiera decirles que fue lo mejor que me pudo haber pasado, pero no puedo mentir. Mi tiempo con él fue lo mejor y lo peor que a una ola le puede suceder.

Clima

CÉSAR SEDANO

Me gustan las gotas de lluvia
que recorren tus campos
cuando el ardiente sol te abraza
resquebraja y cuartea
la madera de tu cuerpo
y te vuelves viento que se pierde
en el tiempo

Un ejercicio en clase dio lugar al poema que el talento de César Sedano candidato a psicoanalista de APG/IPA, hizo posible.

sedano_65@hotmail.com